

ca. La mera anécdota de la rana se convierte así en mensaje cifrado, y este libro va desplegando las claves de ese hilo invisible. No voy a adelantar más argumentos ni sorpresas que los lectores sagaces sabrán encontrar por sí mismos en estas provechosas páginas. Pero antes de terminar esta reseña debo referirme al esfuerzo estilístico que ha hecho el autor al haber puesto el relato histórico precisamente en boca de la rana, que desde su privilegiado punto de mira espacial y temporal es capaz de hacer reflexiones con mayor liberalidad que si fuera el mismo autor quien hablara. Hay, pues, cierta conciencia de una tradición de literatura moral y fabulística que convierte a la propia rana en un personaje privilegiado (el único problema es cuando hay que entrar en cuestiones más técnicas y necesarias para un estudio de esta envergadura, que hacen necesariamente menos verosímil el monólogo del pequeño animal). De la vorágine de libros que se editan cada día, unos pasarán como el viento y otros perdurarán. Sin duda éste hará lo segundo.

FRANCISCO GARCÍA JURADO
Universidad Complutense de Madrid

LA PARODIA DE LAS CRIPTAS DE LA CRÍTICA

Apreciados lectores:

En el último número de esta excelente revista se incluye una reseña de *Las criptas de la crítica. Veinte lecturas de la 'Odisea'*. Para evitar malentendidos, aclaro que mi libro es un pastiche. Siento que el Dr. Valverde no haya captado la ironía y haya incurrido en un lapsus prolongado entre niveles de discursos.

Créanme que ninguna de las reseñas que he merecido me ha divertido tanto como este absurdo. Al final de cada capítulo, y en cursiva, convierto a los críticos en mis personajes (de hecho soy más escritora que erudita) y, de manera ficticia, les invito a pronunciarse sobre el mismo libro. El resultado, publicado en la prestigiosa editorial Gredos, son veinte lecturas posibles, incompletas y tendenciosas de la *Odisea*, algunas del Siglo de Oro, otras postmodernas, otras del siglo XIX, pero sobre las cuales evito pronunciarme. El libro es un divertimento seminovelado en el que la literatura (en este caso la magnífica *Odisea*) hace de pobre víctima.

La interpretación de un libro del siglo XXI es mucho más sencilla en comparación con las dificultades que existen –inclusive para un experto filólogo– para reconocer el tono y las intenciones de algunos líricos arcaicos o de textos residuales encontrados en papiros. Aunque tal vez me equivoque y, en mi caso, debería haber incluido una nota aclaratoria; pero mi parodia me parecía tan evidente que no lo creí necesario. De hecho, la reacción más común en algunos pasajes de mi libro es la risa. Pero no es la *Odisea* quien la provoca, sino los desatinos de los críticos imitados. De todas formas, en futuras reediciones quizá añada una nota para que todo el mundo sea consciente de las voces impostadas y de la broma intelectual. Le agradezco a Valverde su lectura para poder subsanar otras lecturas como la suya.

El sueño de todo escritor es que sus ficciones parezcan reales. Convencer al público que en lugar de “representar” a una estructuralista, “se es” una estructuralista es también el sueño de los actores. Pero nunca imaginé llegar a tanto ni que en un foro erudito alguien

confundiera el “ser” con su “apariencia”; la οὐσία aristotélica con el λόγος. La reseña del Dr. Valverde encarna el ideal de la *suspension of disbelief*.

No soy helenista como advierte, no sin razón, dicho lector y hace bien en notar mis errores formales. En cuanto al espíritu del libro es evidente que él ha tomado por mis opiniones las opiniones de otros. Comprendo que le parezca una barbaridad, como me lo parece a mí, que se compare a Ulises con Sancho Panza, con Colón o con Jesucristo en la cruz, pero el reseñista tenía que haberse dado cuenta de que los comentarios sobre la *Odisea* no son míos, sino que imito (o, más bien, caricaturizo) las escuelas críticas. Que no es mi voz, sino la de otros. Sin embargo, el Dr. Valverde insiste en adjudicarme todas las opiniones que se han versado sobre la *Odisea* a lo largo de los siglos –lo cual es un honor–; y, aunque no puede evitar ver que unas se contradicen con otras, considera que soy yo como autora la contradictoria, en lugar de darse cuenta que en el libro hay veintiún narradores. O si lo prefieren, una narradora y veinte teóricos. A veces hablo como un marxista, otras como un folclorista del siglo XIX, otras me disfrazo de un exégeta católico de 1600, otras soy un escritor griego actual. Cuando en la crítica biográfica me pongo en la piel de Chapman (el traductor del siglo XVI que llamó a Homero ‘Príncipe de los Poetas’), me dice Valverde que la cuestión homérica está “desfasada”. ¿Qué significa? ¿Que ya no se debe conocer las opiniones a favor de Homero que se mantienen hasta el siglo XVIII? ¿Hay que dejar de leer a Arnold porque habló de Homero como un genio? No creo en el progreso de la literatura. Para mí, las palabras antiguas son tan vivas como las actuales.

Mis comentarios están plagados de citas encubiertas que cualquier helenista debería reconocer. Una de las diversiones de nuestra profesión es identificar las fuentes, así que los comentarios son, como digo, un acertijo intelectual. El erudito verá relucir a Vico y a Finley en la crítica sociológica y exclamará: “Esto, en efecto, es lo que se ha dicho del mundo griego”. No he hecho sino articular intertextos igual como se viene haciendo desde los orígenes. Valverde se queja del trato displicente hacia Ulises de los últimos capítulos de *Las criptas*. No obstante, estoy cerrando el ciclo vejatorio abierto en época clásica cuando, como ustedes saben, se le trató de cobarde, tramposo y astuto. Estoy de acuerdo con nuestro reseñista que calificar a Ulises de “turista sexual” y demandarlo por ello es una “afirmación desmedida”, tanto como enviarle al infierno como hizo Dante. Si censuramos a los críticos postcoloniales, por la misma lógica nos tendríamos que quejar de Dante. Unos y otros defienden los valores morales de su época.

El comentario que Valverde ve “inapropiado” de tratar a Ulises como un “comilón” lo recojo para decírselo a Agamenón que fue el primero en acusarlo de ello. Tampoco es del gusto de Valverde la lectura deconstructiva; también tomo nota y se lo digo a Kafka y a Derrida, ya que de ellos es el comentario y su obsesión por el *midrash*.

A pesar de tantas voces y tan distintas y de siglos tan dispares, el reseñista solo advierte una que le chirría, llena de “sorprendentes afirmaciones”. A él le sorprenderán, pero todas llevan años o siglos circulando. Valverde elogia “mis” interpretaciones formalistas y me echa en cara “mis” interpretaciones semiológicas. Está en su derecho, pero es tan impropio felicitar al mensajero por la victoria como matarle por la derrota. No son “mis” interpretaciones sino “las que han hecho o pudieran haber hecho ellos”. Estamos en el terreno del ensayo ficticio. Tampoco invento nada. Leibniz en sus *Nouveaux Essais sur l'entendement humain* (1765) actuó de forma similar al escribir un ensayo imaginario donde discuten él (Théophile) y Locke (Philalèthe). ¿No estaría fuera de lugar que un

lector le retrajera a Leibniz que no cita las palabras exactas de Locke? *Las criptas de la crítica* no es un ensayo académico con citas entre comillas, sino una recreación de los métodos de intelectuales de todos los tiempos. Es cierto que las lecturas han salido de mi pluma y de mis investigaciones, y que, mezcladas con el pastiche proteico, se dan propuestas novedosas, como es la historia de la recepción homérica. Pero en *Las criptas* soy sobre todo una antóloga. Comprendo a los lectores nada conformes con algunas interpretaciones. Pero a un antólogo no se le pide que le gusten todos los poetas de su libro, sino que sea justo y que ofrezca una panorámica real. Al dar el mismo trato a cada escuela teórica, he tratado de ser objetiva, exagerando por igual los tics de cada una.

En conclusión, la mencionada reseña provoca una sensación borgiana y metaliteraria: como si a un escritor se le ajusticiase por los asesinatos de sus personajes.

NÚRIA PERPINYÀ